

## Hilero

En todas las ciudades hay traperos, chatarreros, papeleros; pero ¿hileros? ¿Hileros en otras ciudades? No, que se sepa. No, que se quiera saber. Los hileros son una institución murciana. Son carne de esta tierra avispada, donde el hambre y la necesidad de repararla avivan el magín emprendedor de los posos fenicios de la gente instándola a instituir negocios que en cualquier otro lugar perderían razón de ser. El hilero es una tradición, sí; pero perdida, yugulada violentamente por las circunstancias actuales de la vida, pues no es concebible, conciliable, el hilero con una sociedad altamente tecnificada. No es, no, compatible el hilero con el superdesarrollo y la industrialización.

El hilero era un pretérito actuante, una estampa reganada al pasado. Ese pasado que nos narran, —o que imaginamos—, en que pueblos venidos del exterior obtenían caballos de los nativos a cambio de abalorios y collaritos de cuentas de semilla y pedrería. Es decir, trueque. Forma de cambio queridísima. Porque el trueque pocas veces resulta deshonesto o ilegal, pues si bien es cierto que el vivales culto recibe un pedrusco de oro, plata o similar metal entregando a cambio una vara de tejido, no menos cierto es que el beneficiario se siente con ella confortado, caliente, cómodo, y a cubierto sus vergüenzas. Con el pedrusco poco más podría hacer que rodarlo; con el paño bien puede cubrirse él y su familia, y aprestarse, con ventaja, a vencer un riguroso invierno. El trueque tiene poca retranca. La secuela del engaño entra en el comercio cuando surge la compraventa, porque en la compraventa el dinero nunca tiene valor de uso y pocas veces es un valor intrínseco —excepción hecha de ciertas monedas metálicas—, sino una promesa, un entendimiento teórico, un valor mudable y extinguido por decreto o bancarrota. La moneda del hilero, por el contrario, siempre tuvo valor de uso. Lo suyo era la permuta.

¿Quién se detendría hoy al oír la corneta o la proclama de un hilero? ¿Cómo podría esta sociedad nuestra —que está a punto de conseguir o ha conseguida ya el segundo coche y la tercera televisión familiar— reparar en la voz ronca del pobrecito hilero? El hilero podría hoy gritar hasta desgañitarse, que nadie se detendría a oír su mensaje. Y, sin embargo... ¿No me tacharéis de romántico o de algo peor si afirmo que eran muchos y muy gratos los mensajes que los hileros llevaban a la chiquillería murciana en los años cuarenta y cincuenta?

Al hilero se le esperaba, sí, pacientemente; y aun con ansiedad. Se contaban los días, se aventuraba su posible llegada, se interrogaba a los mayores, y mientras tanto se iba hormigueramente guardando todo tipo de papeles, trapos, chatarras, hilos de cobre, ferronería, metales, alpargatas... ¡He aquí, señores, un modo más que democrático y sabio de convocar a una generación nueva para que dejara las calles limpias de basuras y desechos ¿No es ésto lo que se llama forjar una generación participativa, consciente del esfuerzo del ahorro y no menos de la virtud remunerativa del mismo? Porque reparad en que el niño actual no palpa en sus manos los frutos del paciente guardar —suponiendo que lo haga—. El niño de nuestros días deposita dinero, que no le cuesta mucho conseguir —porque a fuerza de desvalorizaciones en cadena vamos los adultos aprendiendo a despreciarlo y lo damos más olímpicamente—, y obtiene a cambio una entelequia llamada interés que se acumula al dinero que él tiene ahorrado. Sí, más dinero, (habría que decir más números) se argumentará; pero ¿dónde? En las cajas del

organismo de ahorro. Cierto. Pero ¿de qué sirve tener más? ¿aqué cuento se desea que unan tres a ciento y luego otro tanto al resultante si no se tiene en la mano, si no se pueden hacer montoncitos con el sobre la mesa, sopesarlo, acariciarlo, medirlo, contarlo, gastarlo...?

"El dinero hay que saberlo ganar, pero sobre todo hay que saberlo gastar". Sabio aforismo de uso común en La Huertas Hay economistas que afirman que no es más rico el que más tiene, sino el que más obtiene de lo que posee; de modo que no habría de ser más rico el que teniendo un cigarro lo guarda, sino el que se lo fuma. ¿Qué cuál será su riqueza entonces? El interés, es decir, el placer que habrá obtenido al fumárselo. El ahorro se justifica cuando existe inseguridad ante el infortunio; pero cuando el futuro se ve cubierto por los instrumentos sociales, el ahorro puede degenerar en mera costumbre, manía o vicio. Pero habré, llegado aquí, de suspender mi exposición porque corro el riesgo de tomarme pesado, heterodoxo, y, por supuesto, pedante. Por otra parte, adonde quería llegar era a subrayar el espíritu altamente social, útil, del ahorro hecho por el niño murciano en virtud del interés en especie que habría de sacar de sus relaciones con el hilero.

Entretanto, ¡cuánta ilusión! ¡Cuánto empeño por conseguir trapos, papelotes y metales para ir depositándolos en el saco del trastero o en el cestón de mimbre del diván o en la sera del pajar! ¡Cuánta dicha! ¡Cuánta divina inocencia! La mercancía subía, crecía, iba peligrosamente acumulándose en el contenedor, a punto ya de desbordar el recipiente. Y esto era arriesgado. Sumamente arriesgado. Porque entonces, alguien de la casa, —la madre, el padre, la tía...—, amenazaba con tirarlo todo a la calle si en el plazo de dos días no llegaba el hilero. “¡No, por Dios, tirarlo no, después de tantos esfuerzos, que no tardará el hilero!”. Y entre que llegaba y no llegaba, los críos saltaban una y mil veces sobre la pila de objetos, pisoteándolos para que encogieran y dejaran de asomar sus feas, turbias y duras aristas.

— ¡Dios mío, ¡cuándo será posible que venga el "hilero"! ¡Que no tarde!

Los más pequeños, y los de lengua de trapo, casi nunca decían el hilero, sino el "hilero", cambiando la hache por una e mandarina que en sus labios frescos sonaba almibarada, esperanzada, tierna.

Pero el hilero no llegaba. Tardaba. Claro. Se hacía esperar. ¿Que por qué? Pues porque sabía que de prodigar sus visitas se haría pronto impopular, ya que habría de marchar sin dejar una memorable estela de su paso. Y nada más lejano a su objetivo. El "hilero" quería dejarlo todo, descargar sus abalorios, que eso significaba buen negocio, excelente jornada. Por esta razón el "hilero" espaciaba sus visitas, pero ni tanto que se hiciese olvidar ni hasta el punto de correr el riesgo de insistir, de cercar, de molestar. Nada de nada: el "hilero" nunca molestaba. Llegaba escoltado por los gritos de su cohorte de traviosos mocosuelos; pero su proximidad se advertía mucho antes por que la trompeta resonaba estruendosa en la lejanía. Y al oírla, nadie preguntaba quién era, de que se trataba. Menos los rapazuelos, que echaban a correr escaleras arriba de la sala para bajar con no poco esfuerzo el canastón punto más largo que ellos.

— ¡Ya está aquí el "hilero"! ¡Ha llegado el "hilero"!

Al oír su nombre pronunciado así, a los más pequeños se les agrandaban las pupilas y de puro redondas y azules llegaban a parecer platos de Lorca. Tenía no poco de hechizo aquella palabra mágica: El "lilero". ¿Qué traerá esta vez? ¿Serán muñequitos o pitos, regaliz o caramelos, flautas o jarritas de barro, platillos de cinc o tramusos? ¿Qué traerá esta vez el "lilero"? Nadie lo sabía. He aquí lo bueno de la venta en especie, que encierra el encanto del misterio no desvelado. No se sabía qué era; era una completa incógnita. De ahí el delicioso enredo, el juego a que el "lilero" sometía a los pequeñuelos.

—Adivinar, adivinar..., ¿Qué trae esta vez el hilero? —gritaba con timbre caústico—. Al que lo acierte, de premio... No; no lo digo, que entonces sabréis lo que trae el hilero.

Se acercaban los peques en las estimaciones, para alejarse y volverse a acercar.

—Frío, frío... Caliente, más caliente, que te quemas, frío —A ver... ¿Quién acierta lo que trae el "hilero"?

—Fuensanticas de barro. —aventuraba la niña más avispada.

Y la voz del hilero negaba:

— Fuensanticas, no; nazarenos coloraos.

— Nazarenos coloraos —gritaban los niños a la par.

Y entonces amonestaba el hilero con su voz misteriosa, amiga de quiebras y chirigotas:

—No; no acertasteis, lo dije yo.

¡Uf! ¡Qué desilusión! Haberlo tenido tan a alcance de la mano y haberlo dejado escapar con lo fácil que era. Parecía serlo; porque de haber dicho nazarenos el hilero habría sacado fuensanticas de bajo el saco donde las ocultaba; y si se decía que pelotas de San Antón sacaba cacharrillos de madera; y así unas veces por pitos y otras por flautas, no llegaban los dispendios del "hilero" a poner en riesgo de quiebra su negocio. El "hilero" no era un alma de la caridad. Ca. —No podía serlo— El no daba por nada. Cambiaba. Cambiaba sus remolinos por suelas de zapato, valorando más las de crepé que las de cáñamo. Aceptaba cables, tornillos, juntas de metal, pomos de plomo, papelote blanco y de color, de periódico y de revista, retales, todo tipo de mercancía; pero preferentemente trapos, género que algún día debió de constituir su negocio exclusivo. El "lilero" se diferenciaba así del trapero y del chatarrero y del papelero, que pagaban en dinero constante y sonante, a tocateja, porque eran habituales oficiantes de la compraventa. El "lilero", no; lo suyo era el cambalache, la charlatanería dirigida principalmente al público infantil, aunque fuesen los adultos quienes a veces se cuidaran de recolectar trapujos para procurar a sus hijos la dicha de que no pasara el "hilero" sin dejar algo.

—¿Qué me da por estos tres kilos de papel blanco? —Un San Antonio.

—¿Na más?

—Na más, buena mujer.

Pero los críos, alentados por la letrilla de la canción, cantaban aquello de:

Yo quiero un tebeo, mamá...  
yo quiero un tebeo, mamá...  
si no me lo compras, lloro y pataleo,  
yo quiero un tebeo, mamá...

También llevaba tebeos el hilero. Se imponía, pues, ir al trastero a buscar algún vestido deshauciado o a echar mano de las alpargatas viejas; y si la suela era buena el "lilero" bien podría añadir a su oferta de un San Antonio un tebeo y un remolino.

¿Imagináis el poco éxito que tendría hoy un "hilero" que entregara muñequitos de barro y madera a una generación de niños que reciben juguetes cuando se lo proponen, y además, teledirigidos, mecánicos, automáticos...? ¡Qué pena causa advertir que la sociedad del despilfarro ha privado a los niños de su capacidad de asombro! Y cuando la capacidad de asombro es nula, ¿dónde queda la ilusión? ¿dónde la esperanza? Ni ilusión de guardar, ni esperanza de que venga el "lilero". Más cómodo resulta, por tanto, al niño aguardar el cumpleaños o el santo o ponerse insufrible ante el tío que le da cualquier cosa con tal de que cierre la boca.

Al "lilero" lo ha matado la prisa, el vértigo, el asfalto, la estrechez, la sociedad de consumo, esa sociedad que ya no deja a uno tiempo para guardar los trastos viejos y que obliga a tirarlos en el cotidiano cubo de la basura para que no ocupen espacio. Los últimos "lileros" debieron de pasarlo bastante mal. Y es una pena. Porque eran simpáticos oficiantes de una liturgia murciana que ya no huele a incienso ni a azahar, que se ha hecho inodora e insabora, que ya no huele a nada.

¿Dónde vararán ahora aquellos carretones y carritos de madera de los hileros? Estos últimos eran de una madera muy ajada por el tiempo y por los elementos, tenían dos ruedas metálicas de bastos radios, y los hileros tiraban de sus dos varas llevando una banda de cuero en bandolera. Y cuando se detenían, echaban el torno, calzaban las ruedas, depositaban los soportes en el suelo y atendían al personal. Al modesto personal que se dejaba inocentemente embaucar, sabiendo o sin saber que obtendría más provecho de estos objetos llevándolos a vender a un almacén. Pero... ¡Y el júbilo de los críos mordiéndose los labios, empujándose unos a otros, rascándose la nariz y las orejas, comiéndose las uñas en torno al pintoresco carrito del "hilero"...! ¿Es que ésto no valía nada? ¿Tenía la dicha que ofrecía el "lilero" precio? ¿Era compensable con algo similar?

Había críos que correteaban, coleros, detrás del hilero, aunque, por lo general, sin alejarse demasiado de casa. Otros se ponían de inmediato a jugar con lo obtenido en el trueque. Las mocitas colocaban los santitos de barro en las Tejas, junto a las estampas y los recordatorios y pedían novio al San Antonio de barro. Mientras, el "lilero" se alejaba lentamente, cortejado por una gran camarilla de alborotadores niños, cantando todos a voz en grito:

—Vamos, zagales, rabiarse, patalearse, tiraros al suelo, revolcaros, pedir que os den trapos, cacharros, chatarras, gritar con gana, que el tío de los remolinos vuelve mañana.

Y en las manos infantiles de los que quedaban atrás los brillantes remolinos giraban, giraban, giraban... cuando de aquellos deminutos pechos salían hilillos de viento que eran suspiros de ángeles premiados.